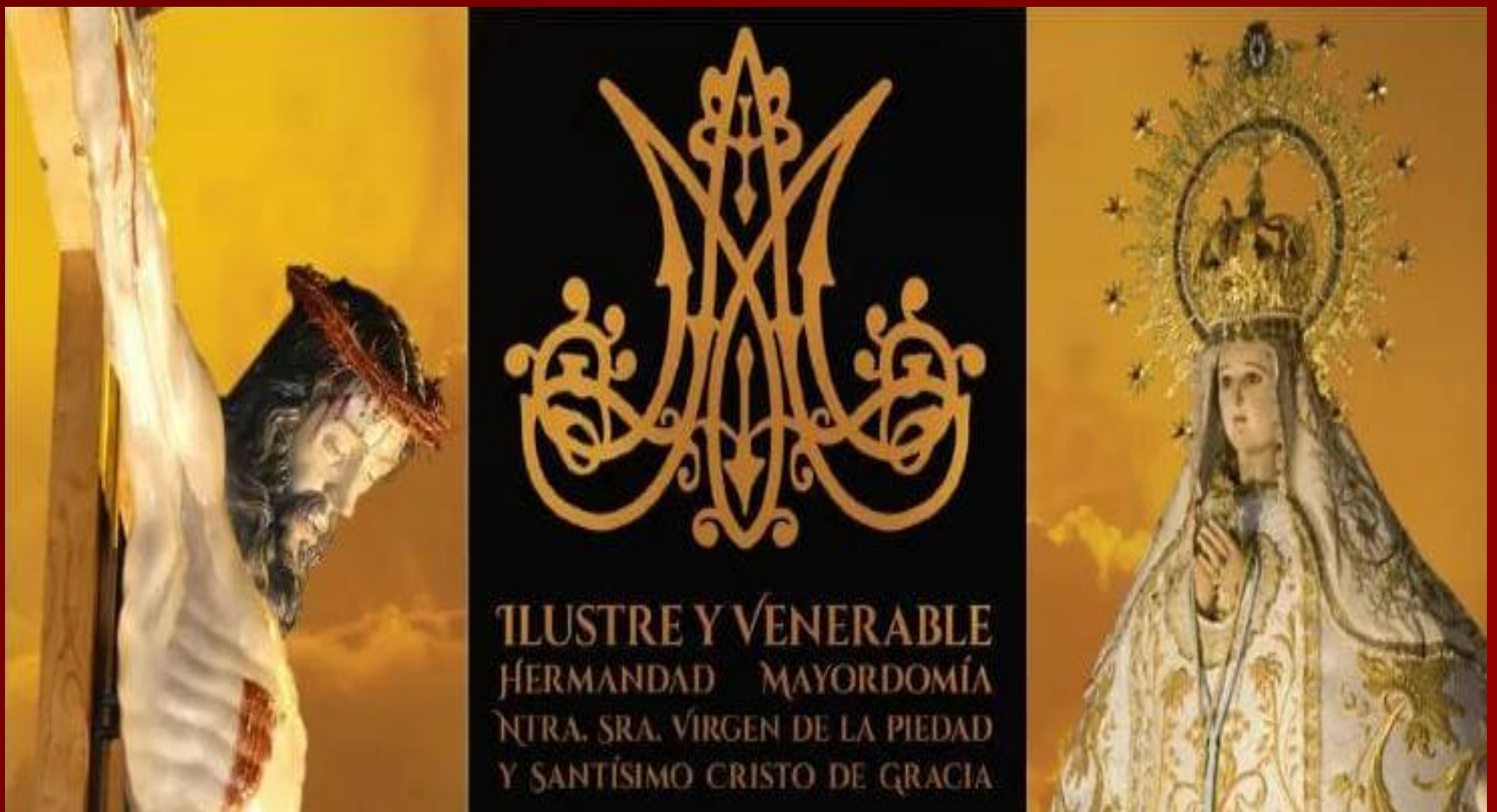


Rezo del Santo Vía Crucis

La Hermandad-Mayordomía invita a todos los hermanos y devotos de nuestros Santos Patronos a unirse al rezo del Santo Vía Crucis en la tarde del Viernes Santo.

Que el rezo del mismo nos sirva de unión fraternal entre todos los Hermanos, realizando así la Estación de Penitencia con el Santísimo Cristo de Gracia en esta Semana Santa 2020.



Jesús es condenado a muerte

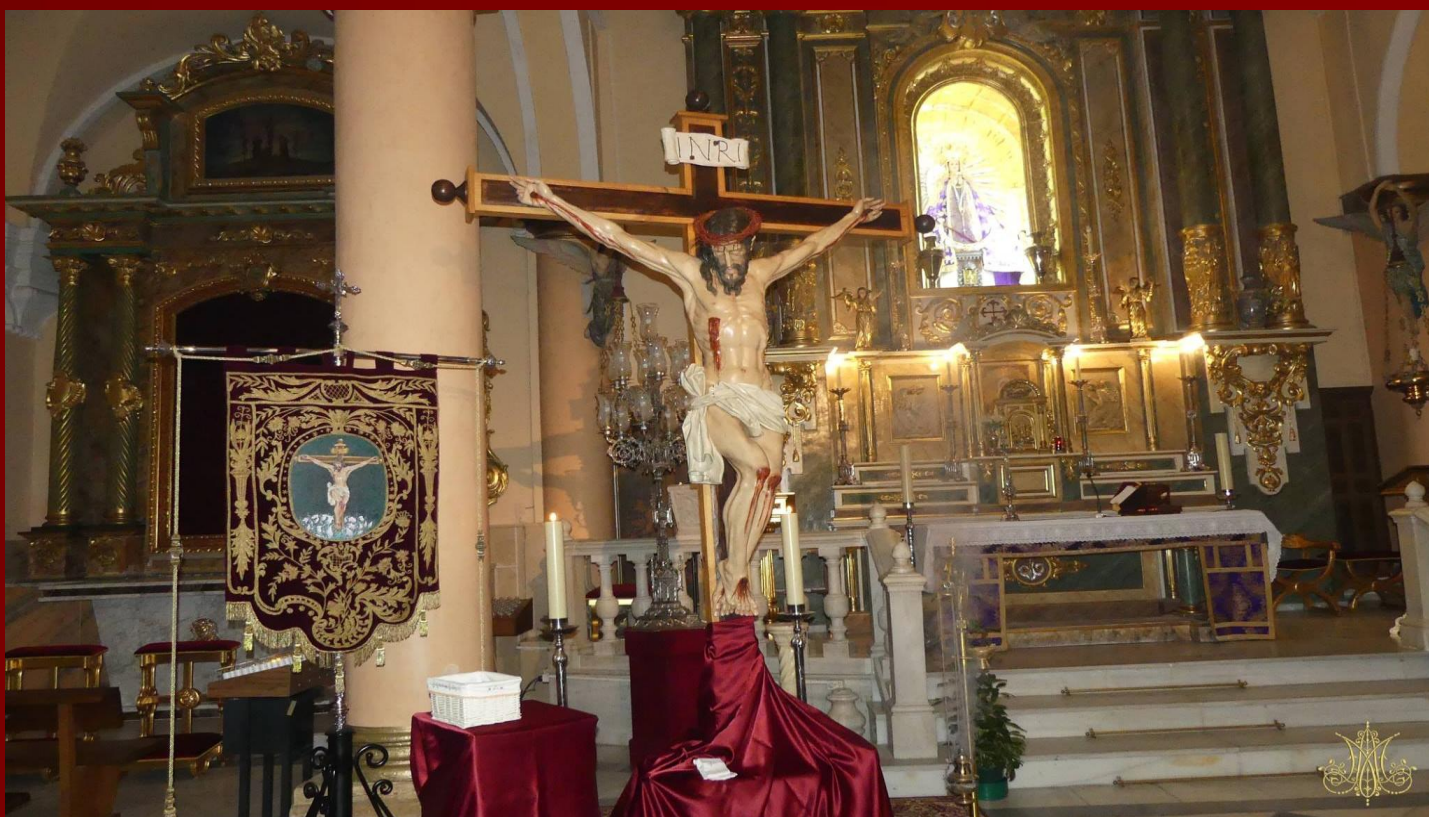
V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Sale de casa de Caifás, arrastrado ante Pilato y Herodes, ridiculizado, golpeado y escupido; su espalda rota por los azotes, su cabeza coronada de espinas... Jesús, que en el último día juzgará al mundo, es él mismo condenado por jueces injustos al tormento y a una muerte abyecta.

Jesús es condenado a muerte. Su sentencia está firmada; y ¿quién la ha firmado más que yo, cada vez que caigo en el pecado? Mis pecados mortales fueron tu sentencia de muerte, oh Señor. Esos pecados míos fueron las voces que gritaban: «¡Crucifícalo!»

Ese afecto, ese gusto del corazón con que los cometí fue el asentimiento que Pilato dio a la multitud vociferante. Y la dureza de corazón que vino luego, mi disgusto, mi inquietud, mi orgullosa impaciencia, mi terca insistencia en ofenderte, el amor al pecado que se apoderó de mí, ¿qué eran sino los golpes y blasfemias con que los soldados y la plebe te recibieron? ¿No ejecutaron estos sentimientos míos, rebeldes e impetuosos, la sentencia que Pilato había pronunciado?



Jesús con la Cruz a cuestras

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Sobre sus hombros rotos le ponen una cruz pesada y maciza, cuyo peso ha de soportar hasta llegar al Calvario. Él la toma con dulzura, mansamente y con el corazón alegre, porque esa cruz va a ser la salvación de la humanidad.

Eso es cierto; pero recuérdalo: esa cruz agobiante es la carga de nuestros pecados. ¡Qué peso tan brutal he descargado sobre ti, Jesús! ¡Qué miserable he sido alzando la mano contra Dios! ¡Cómo iba a pensar siquiera que me perdonaría, de no ser porque él mismo anunció que esta amarga pasión la sufría para poder perdonarnos? Yo reconozco, Jesús –y por ello siento angustia en mi corazón arrepentido–, que mis pecados han golpeado tu rostro, han llenado de moratones tus adorables brazos, han destrozado tu carne con hierros, te han clavado a la cruz y te han dejado morir ahí lentamente.



Jesús cae por primera vez

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Jesús, doblado bajo el peso del madero alargado e irregular que va arrastrando, avanza lentamente entre las burlas e insultos de la multitud. Con todo su corazón sigue adelante, pero le fallan las fuerzas y cae.

Sí; es lo que me temía. Jesús, mi Señor fuerte y poderoso, es por un momento más débil que nuestros pecados. Jesús cae, pero llevó el peso. Se tambalea, pero se levanta con la cruz de nuevo y sigue adelante. Él ha caído para que tú, alma mía, tengas un anuncio y un recordatorio de tus pecados.

Me arrepentí de mis pecados y, durante un tiempo, seguí adelante; pero al final la tentación me venció y me vine abajo. De repente, todos mis buenos hábitos parecían desaparecer; como si me despojaran de un vestido, así de rápida y completamente perdí la gracia. En ese momento miré a mi Señor... Se había desplomado. Me cubrí la cara con las manos, en un estado de tremenda confusión.



Jesús se encuentra con su Madre

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Jesús se pone en pie. Sigue adelante. Va encorvado, pero alza la cabeza un momento y ve a su Madre. Se miran solo un instante, y él avanza.

De ser posible, María habría preferido padecer ella todos los sufrimientos de su Hijo, antes que estar lejos y no haberlos presenciado. Ella le había visto en su plenitud humana y había contemplado su rostro, fresco de paz y de inocencia divinas, en su gloria. Ahora lo veía tan cambiado, tan deformado que lo reconoció con dificultad, solo por esa mirada que le dirigió, profunda, intensa, llena de paz. Ahora que cargaba con el peso de los pecados del mundo, el rostro de Jesús, santidad absoluta, exhibía la imagen de todas las maldades. Él, que no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros. Ni uno solo de sus rasgos, ninguno de sus miembros expresaba culpa, maldición, castigo, angustia.

¡Qué encuentro entre Madre e Hijo! Uno y otra se consolaron porque existía un mismo sentir. ¿Llegarán a olvidar Jesús y María, en toda la eternidad, aquella marea de dolor?



El cirineo ayuda a Jesús a llevar la Cruz

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Las fuerzas terminan por fallarle del todo. ¿Cómo va a llegar al Calvario? Pronto se fijan en uno que parece fuerte y ágil, Simón de Cirene. Lo agarran y lo obligan a llevar la cruz con Jesús. Contemplar el dolor en persona taladra el corazón de aquel hombre. ¡Qué honor! ¡Feliz tú, predilecto de Dios! Y con alegría carga con su parte de la cruz.

Ha sido por la oración de María. Jesús oraba, pero no por él; solo pedía que pudiera beber hasta el final el cáliz del dolor y cumplir la voluntad de su Padre. Pero María actuó como una madre: fue tras él con la oración, ya que no podía acompañarle de otra manera. Ella envió a aquel hombre a ayudarlo. Ella hizo que los soldados vieran que podían acabar con él. Madre amable, haz lo mismo con nosotros. Pide siempre por nosotros, Madre Santa; mientras estemos en el camino, ruega por nosotros, sea cual sea nuestra cruz. Pide por nosotros, caídos, y nos levantaremos. Pide por nosotros cuando el dolor, la angustia o la enfermedad nos lleguen. Pide por nosotros cuando nos hunda el poder de la tentación y envíanos a un fiel siervo tuyo a socorrernos. Y si merecemos reparar nuestros pecados en la otra vida, mándanos un ángel bueno que nos dé momentos de respiro. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.



Verónica enjuaga el rostro de Jesús

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Mientras Jesús sube la colina lenta y pesadamente, bañado en el sudor de la muerte, una mujer se abre paso entre la muchedumbre y le seca el rostro con un lienzo. En pago por su compasión, el sagrado rostro queda impreso en la tela.

Aquella ayuda suscitada por la ternura de su Madre no fue la única. Sus oraciones llevaron a Verónica, lo mismo que a Simón, hasta Jesús. A Simón lo envió para realizar un trabajo de hombre; a Verónica, uno propio de mujer. Lo mismo que la Magdalena vertió el unguento en el banquete, Verónica le ofreció su lienzo en la pasión. Jesús, concédenos servirte según nuestra situación y, lo mismo que aceptaste ayuda en tu hora de dolor, danos el apoyo de tu gracia cuando el enemigo nos ataque.

Siento que no puedo resistir la tentación, el cansancio, el desaliento y el pecado; entonces, ¿de qué sirve buscar a Dios? Caeré, amado Salvador mío, estoy seguro de que caeré si tú no renuevas mis fuerzas, como las águilas, y me llenas de vida por dentro con el amoroso toque de tus sacramentos.



Jesús cae por segunda vez

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

A cada paso crece el dolor de sus heridas y la pérdida de sangre. Los miembros le fallan otra vez y Jesús cae al suelo.

¿Qué ha hecho él para merecer esto? ¿Es este el pago que el tan esperado Mesías recibe del pueblo elegido, los hijos de Israel? Sé la respuesta: él cae porque yo he caído. He caído otra vez. Yo sé bien que sin tu gracia, Señor, no puedo mantenerme en pie; creía estar cerca de ti pero he perdido tu gracia una vez más. He dejado enfriar mi devoción, he cumplido tus mandamientos de manera rutinaria y formal, sin afecto interior; así he ido también a los sacramentos, a la Eucaristía. Me volví tibio. Creí que la batalla había terminado, y dejé de luchar. No tenía una fe viva, perdí el sentido de lo espiritual. Cumplía mis deberes por puro hábito y porque los demás lo vieran. Yo debía ser una criatura completamente renovada, vivir de fe, de esperanza, de amor; pero pensaba más en este mundo que en el que ha de venir. Terminé por olvidar que soy siervo de Dios, seguí el camino ancho que lleva a la destrucción y no el estrecho que lleva a la vida. Así me aparté de ti



Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Al ver los sufrimientos de Jesús, las santas mujeres sienten tal punzada de dolor que gritan su pena y le compadecen a voces. Jesús se vuelve a ellas: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos».

Señor, ¿soy yo uno de esos hijos pecadores por los que tú invitas a llorar? «No lloréis por mí, que soy el Cordero de Dios y, por voluntad propia, estoy pagando por los pecados de los hombres. Sufro ahora, pero después triunfaré; y cuando triunfe, las almas por las que ahora muero serán mis amigas más queridas o mis enemigas inmerecidas».

¿Es posible? ¿Cómo soportar el pensamiento de que tú, Señor, lloraste por mí –¿tú lloraste por mí!– como lloraste por Jerusalén? ¿Es posible que, por tu pasión y muerte, yo me pierda en vez de ser rescatado? Señor, no me dejes. ¿Soy tan poca cosa, hay tal miseria en mi corazón y tan poca fuerza en mi espíritu para hacerle frente! Señor, ten piedad de mí. Es tan difícil apartar de mi corazón el espíritu del mal. Solo tú puedes echarlo lejos.



Jesús cae por tercera vez

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Ya casi había alcanzado lo alto del Calvario, pero antes de llegar al punto donde iba a ser crucificado, Jesús cae otra vez; y de nuevo es arrastrado y empujado brutalmente por los soldados. La Escritura habla de tres caídas del diablo. La primera fue al comienzo del mundo; la segunda, cuando el evangelio y el reino de los cielos se anunciaban al mundo; la tercera será cuando acaben todas las cosas.

La primera la cuenta el evangelista san Juan: «Se produjo un gran combate en los cielos. Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón, y el dragón luchaba, y sus ángeles. Pero no lograron vencer y perdieron su lugar en los cielos. El gran dragón fue expulsado, la serpiente antigua, la que se llama diablo y Satanás». La segunda caída, en tiempos del evangelio, la cuenta el Señor: «Veía a Satanás, como el rayo, caer desde el cielo». La tercera la narra también san Juan: «Cayó del cielo fuego divino y el diablo fue arrojado al estanque de fuego».

Cuando el Maligno movió a Judas a traicionar a nuestro Señor, pensaba en estas tres caídas, la pasada, la presente y la futura. Esta fue su hora. Nuestro Señor, al ser apresado, dijo a sus enemigos: «Esta es vuestra hora y del poder de las tinieblas». Satanás sabía que su tiempo era corto y se aprestó a emplearlo, pero sin advertir que sus actos apresuraban la salvación del mundo que nuestro Señor traía con su pasión y muerte. Como venganza y –eso pensaba– seguro de su triunfo, le golpeó una, dos, tres veces, cada vez con más fuerza. El peso de la cruz, la brutalidad de los sayones y la turba no fueron más que instrumentos.

Jesús, Hijo único de Dios, Verbo encarnado, te alabamos, te adoramos, te ofrecemos nuestro amor porque te has abajado tanto, hasta someterte al poder del enemigo de Dios y del hombre, para salvarnos así a nosotros de ser eternamente siervos suyos.

Esta es la peor caída de las tres. Las fuerzas le fallan completamente y pasa un poco de tiempo hasta que los soldados lo levantan. No es más que un signo de lo que me pasará a mí, cada vez más tibio. Desde el principio, Jesús ve el final. Pensaba en mí mientras se arrastraba subiendo la colina del Calvario. Veía que yo volvería a caer, a pesar de tantas advertencias y ayudas. Vio que pondría la confianza en mí mismo y que entonces el enemigo me sorprendería con tentaciones. Yo creía conocer mis defectos; sabía dónde era fuerte, pero Satanás fue hacia ese punto débil, mi autosuficiencia, e hizo estragos.

Me faltaba humildad. Creía que a mí el mal no podía tocarme, que había superado el peligro de pecar; pensaba que era fácil ir al cielo y no estaba vigilante. Todo por orgullo. Por eso, caí de nuevo por tercera vez.



Jesús es despojado de sus vestiduras

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Por fin llega al lugar del sacrificio y se preparan para crucificarle. Desgarran sus vestiduras sobre su cuerpo sangrante, que queda expuesto –él, el Santo de los Santos– a la mirada y al burdo griterío de la multitud.

Tú, Señor, fuiste despojado de todo en tu pasión y expuesto a la curiosidad y a la burla de la gente; haz que me desprenda de mí mismo, aquí y ahora, para que en el último día no me cubra de bochorno ante los ángeles y los hombres. Tú soportaste la vergüenza del Calvario para librarme a mí de la vergüenza del juicio final. Tú, que no tenías de qué avergonzarte, sufriste vergüenza por haber tomado la naturaleza humana. Cuando te quitaron los vestidos, tu cuerpo inocente fue humilde y amorosamente adorado por los ángeles más escogidos: te rodearon mudos de asombro, atónitos de tu belleza, temblando ante tu anonadamiento.

Señor, ¿qué sería de mí si me tomaras y, despojado del ropaje de tu gracia, me vieran tal como soy realmente? ¿Cuánta suciedad! Incluso limpio de pecado mortal, ¿cuánta miseria en mis pecados veniales! ¿Cómo voy a presentarme ante los ángeles y ante ti si tú no quemas tanta lepra con el fuego del purgatorio?



Jesús es clavado en la Cruz

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Fijan a Jesús en la cruz tendida sobre el suelo. Con mucho esfuerzo y después de bandearse pesadamente a un lado y otro, la cruz acaba por hincarse en el hueco abierto en la tierra. O quizá –como piensan otros– la cruz es primero erguida y, luego, Jesús alzado y clavado al madero. Mientras los verdugos clavan salvajemente los enormes clavos, él se ofrece al Padre eterno en rescate por la humanidad. Caen los martillazos, la sangre salta.

Sí; pusieron en alto la cruz, colocaron una escalera y, habiéndole desnudado, lo hicieron subir. Agarrando débilmente con las manos la escalera, iba subiendo los peldaños con esfuerzo, con pies lentos e inseguros, y resbalaba; si los soldados no hubieran estado allí para sujetarle, habría caído al suelo. Al alcanzar la base para apoyar los pies, se giró con modestia y dulzura hacia la muchedumbre enfurecida, alargando las manos como si quisiera abrazarlos. Después, con amor, puso sus manos en el travesaño esperando a que los verdugos, con clavos y martillos, perforaran sus manos y lo clavarán a la cruz. Ahí cuelga ahora, enigma para el mundo, temor de los demonios, asombro inexplicable, pero también alegría y adoración de los ángeles.



Jesús muere en la Cruz

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Jesús está tres horas colgado. En ese tiempo, reza por quienes lo matan, promete el paraíso al ladrón arrepentido y entrega a su Madre bendita al cuidado de san Juan. Con todo ya cumplido, inclina la cabeza y entrega el espíritu.

Ya ha pasado lo peor. El Santo, muerto, se ha ido. El más compasivo de los hijos de los hombres, el que ha derrochado más amor, el más santo, ya no está. Jesús ha muerto y en su muerte ha muerto mi pecado. De una vez por todas, ante los hombres y ante los ángeles, rechazo el pecado para siempre. En este momento me entrego a Dios del todo. Amar a Dios será mi primordial empeño. Con la ayuda de su gracia crearé en mi corazón aborrecimiento y dolor profundo por mis pecados. Me empeñaré en detestar el pecado, tanto como antes lo amé. En las manos de Dios me pongo, y no a medias, sino del todo, sin reservas. Te prometo, Señor, con la ayuda de tu gracia, huir de las tentaciones, evitar toda ocasión de pecado, escapar enseguida de la voz del Maligno, ser constante en la oración: morir al pecado para que tú no hayas muerto en la cruz por mí en vano.



Jesús es bajado de la Cruz y entregado a su Madre

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

La gente se ha ido a casa. El Calvario queda solitario y en silencio; solo Juan y las santas mujeres están allí. Llegan José de Arimatea y Nicodemo, bajan de la cruz el cuerpo de Jesús y lo ponen en brazos de María.

Por fin, María, tomas posesión de tu hijo. Ahora que sus enemigos ya no pueden hacer más, te lo dejan como un despojo. Mientras esos amigos inesperados hacen su difícil tarea, tú le miras con pensamientos que jamás encontrarán palabras. Tu corazón es atravesado por aquella espada de la que te habló Simeón. Madre dolorosa, en tu dolor hay una alegría aún más grande. La alegría que iba a venir te dio fuerzas para permanecer junto a él colgado de la cruz. Con más fuerza ahora, sin desvanecerte, sin temblar, recibes su cuerpo en tus brazos, en tu regazo maternal.

Eres inmensamente feliz ahora que ha vuelto a ti. De tu casa salió, oh Madre de Dios, con toda la fuerza y la belleza de su humanidad; a ti vuelve lastimado, hecho pedazos, mutilado, muerto. Y, a pesar de todo, Madre bendita, eres más feliz en este momento atroz que aquel día de las bodas, cuando estaba a punto de irse; pero a partir de ahora, el Salvador resucitado nunca más se separará de ti.



Jesús es puesto en el Sepulcro

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Solo tres cortos días, un día y medio... María tiene que dejarte.

Todavía no ha resucitado. Los amigos lo toman de sus brazos y lo ponen en una sepultura digna. Y la cierran con cuidado, hasta que llegue el momento de su resurrección.

Reposa, duerme en paz un poco, en la quietud del sepulcro, amado Señor nuestro, y después levántate y reina sobre tus hijos para siempre. Como las fieles -mujeres, -también nosotros te velaremos, porque todo nuestro tesoro, nuestra vida entera, está puesta en ti. Y cuando nos llegue la hora de morir, concédenos, dulce Jesús, dormir en paz nosotros también el sueño de los santos. Que durmamos en paz ese breve intervalo entre nuestra muerte y la resurrección de todos los hombres. Guárdanos del enemigo, sálvanos del castigo eterno. Que nuestros amigos nos recuerden y recen por nosotros, Señor. Que, por el sacrificio de la Misa, las penas del purgatorio –que hemos merecido y que sinceramente aceptamos– pasen pronto. Concédenos momentos de alivio allí, envuélvenos en santas esperanzas y acompáñanos mientras reunimos fuerzas para subir a los cielos. Permite a nuestros ángeles custodios que nos ayuden a remontar aquella escala de gloria que vio Jacob y que lleva de la tierra al cielo.

Y al llegar, que las puertas de lo eterno se abran ante nosotros con música de ángeles, que nos reciba san Pedro y que nuestra Señora, la gloriosa Reina de los santos, nos abrace y nos lleve ante ti y tu Padre eterno y ante tu Espíritu, tres Personas, un solo Dios, para participar en su reino por los siglos de los siglos.

